







Lina Pradel

LEGADO DE AMOR







Lina Pradel

LEGADO DE AMOR





Primera edición, 2019.

© Legado de amor

© Lina Pradel

© Rocinante Editores

Av. Benito Juárez Mz, 1 Lt.2

Col. Consejo Mexicano Agrarista

C.P. 09760

Ciudad de México.

rocinanteeditores@gmail.com



Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

© Editor: Esteban Ascencio.

© Diseño de interiores: Cristian Quijano Reyes.

© Diseño de portada: Rocinante Editores.

ISBN: 978-607-98289-6-7

Impreso en México.





*La dedicatoria de este de libro es más que obvia:
a mi hija, Liliana Guillen Pradel,
autora de mi razón de querer comerme
la vida a bocanadas interminables.*







PRÓLOGO

En esta época en que el materialismo y superficialidad se ha convertido en una cualidad, es difícil encontrar gente que abra su corazón y experiencias a los demás.

Hemos calificado de “débiles” a los que exhiben o hablan de sus emociones, de “sin trabajo” a las madres que se quedan en casa a criar a sus hijos, de “exitosos” a los que tienen mucho dinero, “trabajador” al que se encierra en la oficina de sol a sol; nos hemos olvidado de la real abundancia, la que nace en el corazón y se esparce hasta nuestras familias, amistades e incluso se refleja en nuestro éxito profesional y social. La abundancia está tan alejada de esas afirmaciones que en ocasiones nuestra vida cotidiana nos tiene cegados a encontrarla.

La mayoría de nosotros vivimos en abundancia, por trillado que suene, tenemos salud, alegrías y vitalidad y cuando la naturaleza de nuestra realidad se convierte en nuestra propia naturaleza, alcanzamos lo que sea.

Este libro nos lleva a un viaje que nace de esa abundancia, nos recuerda quienes somos y como venimos a este mundo, no sólo llegamos indefensos y con necesidades primarias, sino que también llegamos llenos de alegría, salud y vitalidad, los elementos que hacen perfecta la abundancia.





La autora, mi madre, no ha tenido un camino fácil en este mundo, su infancia fue maravillosa en su mayoría, llena de travesuras, juego y aprendizaje, sin embargo también tuvo momentos oscuros, momentos que no cualquier persona puede y sabe superar. Todavía recuerdo cuando era niña y me contaba historias de las travesuras que hacía con sus hermanos mayores (dos varones y dos mujeres) y su pequeña hermana, me sentía tan emocionada y algunas veces hasta inspirada.

Su juventud fue muy corta ya que fue madre a una edad temprana. Cuando me contó el inicio del noviazgo con papá, yo, ya había agregado 3 a mi lista; estoy convencida de que la vida no te pone en situaciones que no podrás manejar y ese fue el caso de mis padres.

La educación de mi madre fue un tanto rígida, padre militar y madre amante de sus hijos, ella siendo la quinta de 6 hermanos tuvo una infancia y juventud de doble educación. En su época los hermanos varones tenían voz y voto en casa mucho más válido que el de las mujeres (aunque nuestra rebelión ya había comenzado), así que en muchas ocasiones no era reñida por sus padres, sino por sus hermanos; y como toda rebelde, encontró la manera de salirse con la suya en muchos casos.

El caso más excepcional soy yo, así es, mis papás se salieron con la suya a sus 22 años. El tema de





anunciar el embarazo sin estar casados y a una edad que no era bien visto, fue sumamente complicado para ellos y por supuesto no dejó mucho espacio para disfrutar un embarazo con la alegría que ello implica, sin embargo ellos añoraban más que cualquier cosa en el mundo el nacimiento de la bebé que gestaba en el interior de nuestra autora.

Alguna vez y con lágrimas en los ojos, mi madre me ha contado como se sintió el día que yo nací; su plática siempre inicia con alegría desbordante y termina con sollozos y ojos vidriosos y esta frase que nunca olvidaré: *“Era un día de corpus cristi y yo miraba por la ventana, queriendo gritar al mundo la alegría que sentía; de pronto vi que todo se movía, que el mundo no se había detenido, que a pesar de la gran responsabilidad que había adquirido, todo seguía; me di cuenta de que también tendría que seguir”* y así fue.

Se convirtió en esposa y madre en un santiamén, tuvo que viajar a un país desconocido, iniciar una vida desde cero, aprender a vivir con un poco de pan, fruta tal vez, compartirlo con una hija y además con otro bebé gestando en su interior, cuando ese bebé nació fue otra alegría sumada a la familia, él llegó a asegurar nuestra estadía, “tenemos un hijo mexicano” decía papá, con un orgullo que resonaba en su voz.

Los primeros años en México, no fueron nada fáciles, recuerdo a mis padres discutir por todo y por





nada, tal vez discutían por la soledad que sentían, por la falta de estabilidad económica, porque volaba la mosca; no lo sé, pero recuerdo que cada discusión los fortaleció más, los enriqueció y puso a prueba su amor.

Algunas veces me he preguntado, ¿por qué nunca volvimos a Bolivia?, la respuesta está en estas líneas... madurez de mis padres, responsabilidad de una familia, amor, mi hermano... y todo ello con los años se tradujo en que por medio de nuestra propia naturaleza, en este caso la de mis padres y su fortaleza, fuimos capaces de crear todo lo que necesitábamos para vivir; podía no haber pan, pero había amor; faltaba una techo propio, pero teníamos apoyo y comprensión; faltaba riqueza, más gozábamos de comunicación; faltaba un coche, pero teníamos alegría; faltaban juguetes, pero había salud.

Todo esto lo aprendí de mis padres, de los tiempos difíciles y de los fáciles; la suma de ellos nos hacen a mi hermano y a mí.

Esta autora, llegó hasta las líneas próximas a leer no por hacer negocio sino por compartir, por llevar su experiencia de haberse convertido en abuela en estos tiempos materialistas y haber vuelto a hacer conexión con su abundancia interior.

Reciban este regalo con el corazón abierto, estoy segura de que si eres padre, madre, hija, hijo, hermano, hermana, abuelo, abuela, tía, tío, primo, prima, o sólo eres tú, te identificaras con las palabras de amor vertidas aquí.



COMENTARIOS

Párrafo para Lina.

Es indudable que Lina Pradel experimentó con esta aventura no solo la necesidad de expresar un amor ilimitado hacia sus descendientes sino la importancia de transmitir su propia experiencia a otras madres y abuelas.

Se trata de un libro que condensa el amor, correctamente escrito, de manera clara y contundente, que se lee de corrido. No tiene ninguna pretensión literaria, pero logra conmover a personas sensibles y proclives a la maternidad.

Su narración destila el que suele ser un amor incondicional, en este caso el de una madre y abuela hacia sus hijos y nietos. Ignoro ese sentimiento porque no tengo hijos, pero sí lo comprendo porque lo he visto en muchas mujeres cercanas.

Y lo más importante para mí en este libro es la magnitud que adquiere el concepto de una familia amorosa y unida, que transmite principios y valores éticos, y es evidente la trascendencia de la educación – parte nodal de una inercia cultural– en el seno familiar. Estos elementos adquieren un gran significado en la actualidad, pues somos partícipes, cada vez en mayor grado, de familias disfuncionales que afectan el desarrollo de los hijos y nietos. ¡Felicidades!

Rosario Casco Montoya



Querida Lina.

Al recorrer tu libro por medio de una rica lectura, pude sentir el amor, un amor tan grande, fuente de la fortaleza de espíritu que te ha caracterizado y que logras transmitir agradablemente en él.

Estoy segura que en estos tiempos en los que, por desgracia a la familia, se le ha dejado de otorgar la importancia que verdadera y humanamente tiene; el convertir a los hijos en personas íntegras e integrales y así, con fortaleza y confianza, puedan enfrentarse en su recorrido de vida a los antivalores que se están manifestando en algunos sectores de la sociedad

Es en la familia en donde el ser humano se va transformando en persona por medio del cuidado amoroso y los buenos ejemplos. El recorrido de tu vida familiar que se asoma a través de estas páginas, permite disfrutar y acentuar estos valores.

Lina, con facilidad y sencillez, logras el aprecio de cómo la maternidad bien ejercida afirma, retroalimenta y logra trascender en los hijos para que se conviertan en padres ejemplares y así disfrutar con tranquilidad, la dicha inmensa de un nieto, que con certeza, crecerá y se abrirá al mundo con el mismo cuidado amoroso que pusiste al crecer a tu hija. *Abulina*.

Tu recorrido resiliente de vida, ha trascendido. Tienes otro hijo más y es este libro . ¡Felicidades Lina!

Con todo cariño
Martha Márquez R.





Mi querida Lina.

Tu libro es una joya... gracias por compartírmelo y permitirme ver un poco de las experiencias de vida y también de tus bellas capacidades como escritora muchas felicitaciones por este increíble don con el cual puedes atrapar al lector y transmitirle esa alegría y ánimo en el maravilloso desafío de la vida.

Desde ya lo estaremos esperando ansiosamente para recomendar promocionar y comprar yo te sugiero que además de lo que tengas contemplado pienses en la posibilidad de llevarlo a alguna plataforma electrónica para poderlo leer en tabletas y facilitar la distribución de este testimonial de vida que a mí en lo personal me dejó un mensaje de fuerza y ante todo de alegría, esta es la parte más importante mi querida linda, que transmites más allá de las letras tu ser y sentí todo el proceso como si estuviera charlando contigo. ¡Y enhorabuena!

Tu amigo Ivanevsky





Un legado de amor _____

¡Felicitaciones! He leído con gran emoción tu libro. El reto era muy grande y lo lograste.

Lina en su vida diaria es “Cautivadora de niños” De forma natural y con su encanto personal ella los traslada al mundo mágico de “*Alicia en el país de las maravillas*” dándoles el poder de expresar su imaginación en el arte y con las palabras; su labor trabajando con los niños es basta y siempre queda asombrada de los resultados; su gran recompensa es una sonrisa o un abrazo de los niños. En Legado de Amor, Lina nos relata desde el fondo de su corazón y su pluma de arcoiris cómo ha sido la experiencia más bella de su vida, ser madre y la más sublime, ser *abulina* y sentirse por siempre agradecida y bendecida por Dios.

Linda Peña Alfaro

Mamá.

Tu obra es una honesta, y encantadora reflexión. Hay personas tan especiales que experimentan en la maternidad, una jornada que en realidad nunca termina. Es una mirada en corazón y mente, donde se guarda el sentimiento de esos seres tan especiales que llamamos madres.

Jorge Marcelo Guillén Pradel





La esplendorosa maternidad





Una tarde de octubre, cuando apenas asomaba el esplendor de la primavera en Bolivia, el césped era tan verde que parecía irreal. Las flores estaban en pleno botón, asomando sus colores parecían atrevidas y miedosas; tal vez temían que, comenzando la vida, ahí, también comienza la muerte. Y sin embargo, en ese momento, para mí, para ellas y para la naturaleza eso era lo menos importante. Nosotros éramos felices y con todo el viento a nuestro favor.

El 21 de septiembre inicia la primavera en Bolivia, y en la ciudad de Cochabamba florece particularmente hermosa, ya que se sitúa en un valle cálido y amigable, lugar perfecto para que dos se encuentren y hagan un nido donde comenzar la vida juntos. Ahí nos encontramos dos que con toda seguridad estábamos destinados a tomarnos de la mano y hacer el camino acompañados, estirando nuestros sueños hasta alcanzar a Dios: Jorge y yo. Y, de pronto, un día llega ese momento en la vida en que sentimos que realmente la presencia de Dios nos ha tocado porque nos bendice con lo más hermoso del universo y la creación: un hijo, réplica idéntica de lo más amado y reflejo de nuestros sueños.

Entonces, comienza el derroche de sentimientos hermosos pero encontrados, confusos; llegan las preguntas sin respuestas; las noches sin fin; los dolores indescriptibles; esos sonidos estrepitosos del corazón cuando se rompe una y otra vez y, de manera milagrosa,



se repone y mejora para ser cada día más fuerte y grande. Porque el corazón se hace flexible, crece, absorbe todo el amor al punto de desbordarse, y luego se vacía para cargar mucho más que la vez anterior... y así sigue y sigue su amoroso transcurso por un camino lleno de satisfacciones, sueños, realidades, miedos, dudas, dolor y cansancio, pero siempre sostenido por la esperanza. Qué poderoso puede ser un órgano tan pequeño como el corazón, que cuando lo medimos desde los sentimientos es inmenso, indescriptible e infinito. Sólo las amorosas madres sabemos de qué hablo, nadie más lo sabe.

Regreso al origen de esos maravillosos momentos interminables que nos regala la vida... Sí, momentos interminables que nos regala la vida porque cada emoción viene enlazada de otra, engarzando una cadena continua de sentimientos que sólo concluye con el fin de nuestra propia existencia.

Las madres experimentamos esa sensación de sucesiones infinitas. Y todo comienza con el amor primario que nos marca a sangre y hierro cuando por primera vez vemos a nuestros hijos, y ellos nos responden con esa miradita que parece decir “soy tuyo, y por algún tiempo estaré en tus brazos y por siempre en tu corazón. Después volaré adonde me lleven las fuertes alas que me darás y que fortalecerás con tu ejemplo”.



No soy la excepción, sino la regla, porque soy madre impetuosa, apasionada y desesperada que experimenta todos aquellos sentimientos que expanden el corazón llenándolo de amor.

La seguridad que nos proporciona amar a nuestros hijos con justicia y paz no tiene nombre, en esos momentos somos el Todo. Cuando nuestros hijos son pequeños y de repente tenemos que anularnos para dar paso a la personita que quiere asomarse auténtica y libre, nuestro amor se vuelve omnipresente y omnipotente; está ahí, visible, invisible, perfecto, imperfecto, flexible, rígido... en todas sus dualidades, cual “imagen y semejanza de Dios”.

Cansancio es la primera palabra que borramos de nuestro lenguaje y de nuestras vidas; o por lo menos no lo sentimos durante mucho tiempo, está eclipsado por la palabra *fuerza* que lo sustituye totalmente. Y la fuerza, paradójicamente, se genera en las raíces de la flaqueza, es lo que le da la razón de ser; ambas crecen juntas, se necesitan y retroalimentan para coexistir, intrincándose como una enredadera.

Aquí quiero hacer una apología del acopio de fortalezas físicas y emocionales que desde que nos convertimos en madres, y después en abuelas, tenemos que conseguir de una fuente inagotable de amor. Porque nuestras noches son felizmente interminables, escuchando, sintiendo, esperando



y abrazando a nuestros hijos. Desde el primer día no hacemos otra cosa que sincronizar nuestros corazones con los de ellos. En mi caso tuve dos hijos, pero saber que hay madres amorosas que se sincronizan hasta con más de diez me hace pensar que el corazón es un órgano de funciones biológicas físicamente pequeño, pero con una inmensurable capacidad de flexibilidad porque es capaz de albergar todo, absolutamente todo. Soy un ejemplo de familia numerosa y amorosa, mis padres tuvieron seis hijos, todos fuimos criados con vigilante amor y siempre con la lámpara del ejemplo encendida, vi a mi madre multiplicarse en atenciones y amor, mientras mi padre sacaba tiempo al tiempo para trabajar procurándonos todo lo necesario para vivir felices y sin mayores preocupaciones. Gracias amados padres, llegue a ustedes mi agradecimiento.

Como madres aprendemos a tocar con la punta de los dedos sus pequeños y frágiles cuerpecitos, luego los sostenemos firmemente con las manos para dejarlos entrar en lo más profundo de nuestro corazón, asegurándonos de que por siempre estén ahí. Desde entonces, somos parte innegable de Dios, de su palabra y mandato de amor auténtico, porque nos apartamos de lo mundano para concentrar nuestro tiempo —más valioso que nunca— en criarlos como personas amorosas y bendecidas. Alejamos todos los pensamientos negativos para enfocar la mente en



lo que será mejor para ellos durante la crianza. Nos acercamos, en fin, como nunca y más que nunca, a la santidad.

Como seguramente nos pasa a todas las madres, de pronto tenemos entre los brazos que hace poco apenas podíamos cargar una muñeca sintiendo tanta ternura, y ahora tenemos un tesoro entre las manos; de pronto, nos inundamos de compromisos, responsabilidades, atenciones y muchos otros sentimientos que siempre van acompañados de amor, cuando pienso en mis primeros años de maternidad, con la llegada de mi primogénita, me lleno de melancolía. Recorro a fotografías, juguetes o cualquier cosa que me acerque a aquellos maravillosos momentos, que pareciera que ocurrieron ayer, pero que los olvidos repentinos se encargan de advertirme que ya pasó mucho tiempo. Entonces, duermo cansada, agotada, tratando de reconstruir esos detalles a los que yo misma puse etiquetas cuando tuve a mis hijos en mis brazos.

Nunca olvidaré cómo el sol brillaba en lo alto e iluminaba la habitación en la que estuve por primera vez a solas con mi hija. La ventana estaba frente a mi cama, y la pequeña cuna, a la derecha. Y comienzo mi autorrelato, hasta que de pronto me doy cuenta de que había algo más que quería preservar en mi mente, pero que por más esfuerzos que hago se escondió tan adentro que no logro encontrarlo. La memoria sin



memoria lo borró. Me invade la nostalgia, cierro los ojos con fuerza como si, eso, me podría ayudar a regresar al momento o regresar el momento, duermo en completa ensoñación un poco despierta al recuerdo y otro, sumergida en él.

Y así salto de olvido en olvido, aferrándome a lo poco que me queda, porque cada vez los recuerdos se diluyen más y más sin que pueda evitarlo... ¡Hasta la memoria se hace frágil con los años! A los hechos añado un poco de lo que creo que sucedió o hubiera querido que así fuera. De este modo, mi historia se forma de una mezcla de recuerdos, ilusiones, fantasías y de deseos amorosos plagados de infinita ternura. Esas memorias me acercan a la divinidad, porque en ella todo es amor y dulzura: la culminación de mi legado. ¡Así me siento viva y así me gusta vivir!

Cuando somos madres iniciamos una vida compartida en un corazón dividido en dos cuerpos, uno que late cada vez más lento y otro que late cada día con más fuerza; tanta, que el corazón de madre se acelera hasta alcanzar los latidos de la nueva vida para palpar a un mismo tiempo. Y esta sincronía se da cuando los ojitos de nuestros pequeños expresan lo mucho que nos aman y sus bracitos llenos de calor nos dan energía día tras día. Nos maravillamos al ver sus piecitos, y apenas podemos creer que ahí comenzará su andar por la vida; nos colmamos con su sonrisa, que





es igual al sol cuando asoma por la mañana anunciando un nuevo día, mejor que el anterior pero invariablemente mejor que el que vendrá. De eso está hecha la vida de las madres. Se trata de una larga y amorosa cadena de sentimientos que se acumulan, se reciclan, se reinventan, se comparten y a través de ellos podemos ver a nuestros hijos e hijas transformarse en maravillosos hombres y mujeres de bien, que aportan con sus conocimientos y experiencias a la familia y a la sociedad a la que pertenecen. Siempre aferradas a no soltar el ensueño de sus primeros años que nos llenan de ternura el corazón.

¿Verdad que son sentimientos llenos de confusión? Todos resumidos en una mágica frase: “el amor de una madre todo lo puede, porque es grande e indestructible”. Y de esta certeza saltamos al hecho de que antes, mucho antes, hubo una, y otra, y otra madre que guardaba dentro de sí ese poder. Se trata de una larga pero muy amorosa cadena sin fin de madres e hijas, de hijas y madres, enlazadas por toda la eternidad, comunes en el amor y la entrega.

Y así vemos a nuestras hijas crecer hasta hacerse mujeres. La confusión nos invade inevitablemente porque tan sólo unos años atrás deseábamos que crecieran y, cuando lo hacen, desearíamos detener el tiempo para que siguieran a nuestro lado, aunque fuera un poco más.





Las raíces donde se anclan las alas de nuestras niñas comienzan a asomarse en sus ojitos, vemos miradas furtivas y seguras, otras tristes o llenas de ensoñación, a veces pícaras y traviesas que esconden algo que no alcanzamos a conocer, pero sí a adivinar: “están creciendo irremediamente”. Pareciera que cada vez que notamos esto, una loza cayera encima de nosotras, y es tan pesada como necesaria para que ellas florezcan, y así vamos acumulando loza tras loza hasta construir una alta columna donde se posará nuestra hermosa mariposa para volar con sus propias alas.

Comienza la primera de las separaciones, momento de emociones encontradas: su primer día de kínder. Ese día llega con un sol distinto, que pareciera cómplice de nuestros sentimientos más profundos, como si temiera anunciar la mañana cuando nosotras ni siquiera hemos dormido, porque esa noche de preludio transcurre entre cavilaciones sin fin: “¿Qué pasará? ¿Qué le diré? Y si llora, ¿cómo la voy a contener?” Dudamos si podremos soportar ver sus ojitos aturridos preguntándonos en silencio (pero con gritos): “¿Me vas a dejar sin ti, aquí sola sin poder agarrarme de tu mano que me transmite seguridad? ¡Yo no podré estar sin ti! ¿Y tú podrás estar sin mí?” Y tratamos de darnos consuelo: “Quizá tomaré sus manitas entre las mías y las llevaré contra mi pecho para que sienta que el



corazón se me parte... ¿O será mejor que sienta que estoy en paz porque es su primer paso para probar esas alitas que apenas van creciendo?” Pero no sabemos.

El primer día de escuela es el más confuso para ambas. Todas las madres hemos experimentado sentimientos de orgullo, paz, rabia y dolor; surge la eterna pregunta que nunca dejaremos de hacernos, y que por supuesto no tiene respuesta: “¿por qué?”. Esa primera ausencia es el ensayo que repetiremos cada día de nuestras vidas en el camino de la maternidad.

En mi caso, al llegar a la puerta de la escuela, recuerdo la gran sonrisa de mi niña acariciando mi corazón; ella me miraba con sus ojitos más grandes y elocuentes que nunca, diciéndome a gritos callados: “Voy a estar bien, lo prometo”. Pero como esos gritos no tenían voz, no pude despegar los pies para alejarme más allá del jardín que estaba frente a la escuela. Desde ese lugar, imaginaba su carita, sus fantasías, lo que estaría grabando en su memoria, los sentimientos que comenzaban a crecer en su pequeño corazón; imaginaba que yo ya no sería lo único para ella porque comenzaría a sentir afecto y simpatía por otras personas; imaginaba casi todo... tanto, que ya podía sentir sus bracitos en mi cuello antes de encontrarnos a la salida. En medio de este sueño de fantasías, la escuché reír y corrí a atisbar por una rendija... ahí estaba ella con una gran sonrisa,



sus mejillas eran más rojas que de costumbre, sus ojitos brillaban con luz propia y centellaban de emoción. Estaba cumpliendo su gran promesa interna: “Voy a estar bien, lo prometo”.

Por alguna razón de mi sinrazón, ese día (y muchos más) no pude regresar a casa, perdí el camino, olvidé las señales, nunca supe dónde quedó la brújula de mi vida. Decidí que nos quedáramos ahí frente a la escuela, sentados sobre una gran piedra —hablo en plural porque dentro de mi vientre estaba en camino mi adorado hijo: Jorge Marcelo, juntos esperamos días y días la salida del sol de mi vida que asomaba por la puerta del kínder.

Para todas las madres, ése es, justamente, el momento del desprendimiento. Ahí inicia el contradictorio destino de seguir mano a mano, pero por veredas diferentes. Como madres recorremos el camino que elegimos porque confiamos en que es el mejor, y lo comprobamos con el amor infinito que sentimos. Los hijos van por su propio camino de curiosidad y retos, pues su condición les exige experimentar a cada instante, aunque con ello se lleven nuestro temple y nervios, hasta dejarnos casi locas. Porque llegan los cambios drásticos y las sorpresas inesperadas. Pareciera que nuestros hijos no serían capaces de ponernos al filo de la fe, pero nos retan y sostienen sus miradas con una convicción inamovible, convencidos de lo que quieren. Nosotras,



entonces, debemos dar paso a sus experiencias de vida, únicas y auténticas, mientras los miramos orgullosas, exaltadas y dispuestas solamente a acompañar su crecimiento, con el corazón en la mano y latiendo a mil por hora. Retomo mi convicción de lo flexible que es el pequeño gran corazón de una madre. Supongo que para ninguna madre fue fácil y haciendo un ejercicio para recordar lo que sentimos cuando fuimos hijos, solo me queda pensar que para nuestros hijos tampoco fue fácil.

Para nuestros descendientes comienza la etapa de los retos personales y sus primeras satisfacciones, y nosotras aplaudimos con invariable alegría cada uno de sus triunfos. Pareciera que el corazón comienza a expandirse, llenándose cada vez de más y más satisfacciones. “Es el tiempo de cosecha” y, como todo en la vida, es cíclico y temporal. Parece que cada día se nos alejan más y más, y nuestro amor lo permite porque es un amor que libera, fortalece y celebra manteniendo los brazos abiertos para amortiguar sus caídas.

Recuerdo cómo cambió la mirada de mi niña cuando se encontraba con la mía. Ella reconocía en mis ojos sorpresa y admiración, y yo veía en los suyos congruencia y plena seguridad en sí misma... entonces nos sonreíamos, cómplices del corazón que late fuerte y lleno de orgullo.



Esos cambios en su mirada, la elocuencia en lo que hacía, acompañan la transformación. Es una verdadera maravilla ver cómo su pequeño cuerpo poco a poco iba descubriendo a la hermosa mujer en la que se convirtió. ¡Cuántas veces hemos contemplado ese desarrollo con los ojos llenos de lágrimas, felices por la oportunidad de vivir y tristes porque se anuncia la irremediable separación!

Cuando nuestras niñas se van convirtiendo en adolescentes, el caminar junto a ellas y educarlas a un mismo tiempo se vuelve un auténtico reto. No hay forma de predecir sus actitudes, pues emocionalmente están más vulnerables que nunca. A eso hay que añadir nuestra obstinada necesidad de moldear sus vidas, no porque seamos autoritarias o egoístas, sino porque es una respuesta natural al verlas en un mismo momento elevarse y descender en sus emociones; por ello deseamos apoyarlas ofreciendo nuestras palabras, amor y corazón en beneficio de su desarrollo. Con la bandera de la crianza pretendemos aminorar los daños de los vendavales de esa etapa tan difícil, pero también tan formadora. Y lo hacemos recordando siempre que nosotras también sobrevivimos a esa edad.

Cuando nuestras hijas dejan atrás la adolescencia y empieza la flor de la juventud, llega la etapa de la complicidad, de las charlas interminables, de las confidencias, de los consejos recíprocos, de todos



esos hermosos momentos que no quisiéramos que terminaran nunca. Así se han grabado en nuestra memoria. A pesar de que nos separan más de veinte años de diferencia, descubrimos que en algunos casos nos hemos encontrado en tallas, y que nuestra ropa más querida se ve mil veces mejor en ellas; probamos mutuamente peinados, zapatos, maquillajes, y hasta llegamos a ese acto tan sencillo pero tan íntimo de compartir la experiencia de pintarnos las uñas recíprocamente. Sucesos acompañados siempre de cálidas confesiones y de invaluable oportunidades, porque al sentir sus corazones abiertos aprovechamos nuestra habilidad materna para llenarlos amorosamente con los mejores consejos.

Sé que como madres estarán de acuerdo conmigo en que esos momentos son verdaderas caricias para el alma. Ahora se han vuelto memorias acompañadas de una nostalgia abrumadora. En mi caso, llegan a mí revestidas de color dorado, no sé si por valiosas o por lo lejanas que están en el tiempo, doradas como un tibio otoño.

Los recuerdos nos llevan una y otra vez de las lágrimas a las risas porque, a pesar de que esas experiencias ya quedaron en el pasado, permanecerán siempre en nuestro corazón, dándonos continuamente pequeñas dosis de ánimos para seguir adelante. Entonces sonreímos al revivir el ayer.



¡Cuántas veces nuestras hijas nos robaron el vestido favorito que —después de hacer secretamente las costuras necesarias para usarlo en las medidas justas de sus cuerpos— terminaba arrugado y escondido en lo más recóndito de sus clósets para que jamás lo encontráramos! Yo, hasta estos días, llevo siempre conmigo la última falda que mi hija —con puntadas a mano— ajustó a su propia cintura, haciendo costuras a cada lado. Por nada del mundo las desataría, es mi prenda amada porque me permite imaginar sus manitas presurosas haciendo esa travesura en su beneficio. Esta falda guarda un mundo de recuerdos que llevo siempre conmigo, es un talismán que me acompaña en todos mis viajes y que se ha convertido en mi inseparable compañera de vida.

Así es como, de pronto, nuestras hijas comienzan a crecer mientras nosotras nos preparamos para la retirada. Anidamos en el corazón todas estas bellas experiencias, que se nutren de auténtica felicidad cuando nos damos cuenta de que portan nuestra estampa, de que tienen tanto de nosotras: sus modales, sus movimientos y hasta esas veces en que usan nuestra ropa a escondidas. Se transforman en unas auténticas mujercitas, copia casi idéntica de nosotras; así de maravillosa es la naturaleza y la voluntad de Dios que nos permite ver esa metamorfosis. Y ahí estaremos con los ojos centellantes de amor y admiración, vigilando dispuestas a ejercer nuestra labor de guías, para asegu-





rarnos que hayan comprendido plenamente que deben tener los pies bien puestos sobre la tierra, para avanzar con seguridad y convicción.

Tenemos en frente a una mujer hecha y derecha, con todos los atributos que la naturaleza le ha dado. A su hermoso cuerpo lo acompaña un alma sensible, considerada y amorosa. Ahí, de pie, está nuestra hija, reflejo idéntico de nosotras y con todos los tintes de nuestro amor, pero matizado con los colores de su propia vida, personalidad y carácter.

Es el momento de retomar la preparación que anteriormente nos dio la experiencia para poder soltar, ahora sí de una vez, los hilos fuertes de la tutela y dejar volar a ese hermoso ser humano que con tanto amor criamos, a quien le dimos alas y enseñamos a volar, a su ritmo, a su modo y en su propia ruta.

Y en este momento les comparto mi vida personal, porque estoy segura que desde la honestidad de las experiencias propias surge la empatía con los demás.

Cuando apenas iba reponiéndome y adaptándome al florecer de mi hija, cuando comenzábamos a convivir en complicidad como mujeres y adultas que hablan el mismo idioma, se abrió una nueva puerta para ella, en donde yo obviamente no tuve cabida: la universidad... un mundo en sí mismo, con adultos igual que ella, en felices y llenos de ilusiones. Supe que mi intervención en su vida había terminado, porque desde ese momento





se convirtió en dueña absoluta de sus decisiones; y yo, a pesar de todo, me sentí muy feliz.

No fue fácil para ella, ni para mí tampoco, pero se formó como una persona sensible y cuidadosa, siguiendo los principios que le heredamos. Era el momento de la experimentación: el amor, los cigarros, el alcohol y “los amigos” (así, entre comillas); todo lo enfrentó con la sabiduría necesaria para ser mejor y respetar y entender a los demás. Siguió el camino trazado desde la profesión que eligió y en cada paso que daba descubrí su inquebrantable personalidad: una líder nata, audaz, comprometida, sensible, intrépida e incuestionablemente única. Mi hija nos reveló pronto su nobleza y carácter. Y lo demostró la noche en que se graduó de la licenciatura de derecho, a través de un magistral discurso expresó su amor y agradecimiento a sus padres y a su adorado hermano.

Siempre ha sido una mujer audaz y llena de proyectos, y yo, como madre, la apoyé en cada uno de ellos. El día de su cumpleaños, cuando apenas iba comenzando su carrera, anunció a la familia que deseaba independizarse. ¡Dios santo!, creo que nadie está preparado para semejante momento. Siempre pensé que eso sucedería cuando decidiera casarse, pero no tan pronto. Sin embargo, ella quería volar sola, una prueba más de su férrea voluntad. Poco después, en compañía de su inseparable hermano, nos dijo a su padre y a mí que había encontrado el lugar



ideal y que sólo quería que la acompañáramos a la firma de compraventa del inmueble. Así fue, asistimos llenos de orgullo, amor y muchos otros sentimientos encontrados. Ese día el sol era inexplicablemente tenue y el aire denso. Por primera vez sentí en mis hombros el peso de algo que desconocía:

—Feliz cumpleaños, mamita adorada. Es un día de asueto en tu trabajo y quiero pedirte un gran favor. Quiero que vayas a mi departamento a recibir mis muebles.

Entonces, el peso en mis hombros tuvo nombre: “mi hija finalmente se va de casa”. Y yo no podía llorar, pues de repente tenía en mis manos una lista de cosas, en mi pecho una loza y en la garganta un nudo. Era mejor no hablar, las palabras hubieran ahogado mis emociones: orgullo, felicidad, tristeza...

Llegué puntual a su departamento.

El espacio vacío que mis ojos observaban no correspondía con la soledad que se expandía sin remedio en mi mente y en mi corazón. Pensaba en voz alta —gritando lo más fuerte posible para hacerme entender—: “¿Cómo va a querer separarse de las personas que más la aman?” Sólo el eco por respuesta...

Sonó el primer timbrazo:

—Traemos la sala, señora.

Un espacio vacío menos en aquel lugar, un hueco cubierto, y en mi corazón una lágrima más.



Segundo timbrazo:

—Traemos el comedor.

Mismo caso, mismos sentimientos encontrados... y así, hasta ver su departamento totalmente lleno y mi corazón totalmente vacío.

Ése fue un regalo de cumpleaños que nunca olvidaré. Experimenté un inesperado sentimiento de triunfo, un orgullo desbordante, pero contenido por un infinito dolor por la partida de mi amada niña. La respuesta a mis gritos interiores llegó: ella se iba porque sus alas habían crecido tanto que ya no cabían en el hogar que una vez formamos como familia. Ella había mutado irremediamente, ¿para qué poner freno a algo tan hermoso?

A la distancia, no recuerdo cuánto tiempo pasó para encontrar la resignación que me permite contar ahora ese momento de mi vida. Silenciosamente y a toda hora, soñaba o imaginaba a mi hija entrando por la puerta de nuestra casa, como cualquier otro día, mientras yo la esperaba con la comida caliente en la mesa y con todo mi amor, lista para escuchar el gran resumen de su día. Por más doloroso que fuera, en el fondo sabía que eso no volvería a pasar nunca más. No sé cuándo aprendí a vivir con esa realidad; sin embargo, cuando la extraño a rabiar, los sueños de verla llegar todavía permanecen. Entro a su recámara y me consuelo mirando sus fotos e imaginando que aún



está con nosotros en casa. Es como tomar una medicina amarga, cierro los ojos para no ver lo mucho que molesta tragarla. Pero antes paso mi mirada por cada rincón de su habitación y trato de recordar todas las cosas que había y que se marcharon con ella, intento visualizarla de nuevo ahí; entonces, la medicina pasa directo al alma y la reconforta. Apliqué este remedio a mi dolor tantas veces, incluso todavía, aunque con menos frecuencia, quizá porque su valentía, felicidad y plenitud se han vuelto parte de mi sanadora alegría.

La he visto crecer un día tras otro, y se ha convertido en mi mejor referente de vida, bebo de su sabiduría y me fortalezco para llegar a mis propias metas. A ella le hago mis consultas más humanas. Y es que asombrosamente el mundo gira, y ahora es tiempo de aprender de sus experiencias, que no es que sean mejores o peores sino distintas a las mías y ocurridas en otros tiempos. Estoy en la bella época de aprender de mi hija.

Han pasados muchos y muy bellos años de calma mansa y de sorpresas, de días malos, buenos y mejores, de navidades y de gozosas fiestas familiares, de inclinarnos ante Dios con infinito agradecimiento por tantas bendiciones.

Mi niña es ahora una mujer sólida, radiante y fresca, hermosa como ninguna, motivo de infinito orgullo... y es que a las madres nos faltan palabras para describir los sentimientos que tenemos hacia nuestras



Un legado de amor _____

hijas. Cuando la miro, los latidos de mi corazón se multiplican. Hoy se ha convertido en esposa y madre, y veo con admiración cómo cada día asume sus responsabilidades familiares con auténtica fuerza y amor.

Sé que mi historia personal hará eco en el corazón de muchas mujeres que, como yo, han atravesado ese doloroso camino de separación de los hijos, pero también de gozo infinito por verlos florecer como personas independientes, libres y felices.

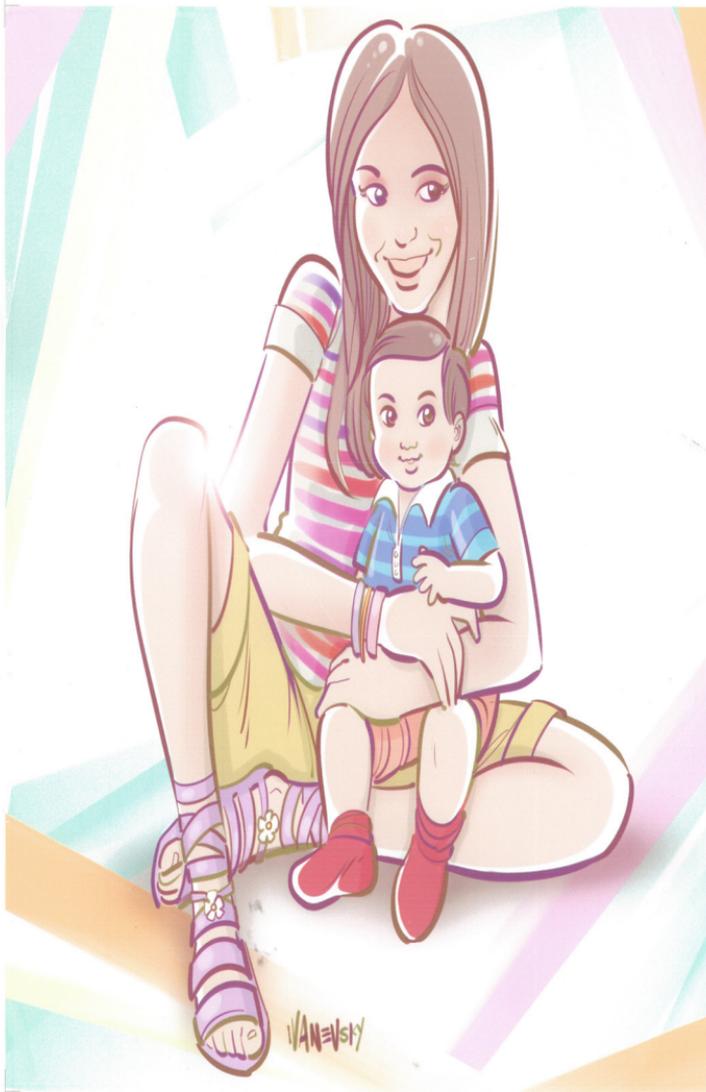




La hija-madre









El sueño comenzó poco tiempo antes de la llegada de nuestra hermosa realidad. Los corazones de las madres y las hijas se sincronizan buscando la manera de latir con el mismo ritmo. La sabiduría de la naturaleza llama y a ese llamado no hay quien no responda, porque palpita en lo más profundo del corazón; lo hemos sentido con nuestras madres y seguramente nuestras madres con sus madres y, a su vez, ellas con las suyas.

Como muchas mujeres, mi hija sintió la necesidad de dejar huella en este mundo, un poco de su grandeza, el maravilloso sueño de la maternidad. Pidió a Dios que en su infinita bondad le concediera la dicha de ser madre. Así, comenzó a preparar su delicado cuerpo, cambió radicalmente sus hábitos alimenticios y muchos otros aspectos de su vida, pues estaba concentrada en “su gran tarea”.

Sus decisiones fueron tan firmes que me dejaron entre asombrada e incrédula. Mi niña adorada estaba convertida en una mujer de férrea voluntad, la misma que mostró desde que empezó a caminar. Así que puso su cuerpo y alma en las manos de Dios para enfrentar el reto más grande, la reina de las batallas, la cumbre de la vida: ser madre.

La fe mueve montañas, y la suya era tan grande como la montaña misma. Después de muy poco tiempo —el tiempo justo de Dios—, llegó la persona indicada, el mejor de los hombres, noble, sencillo,



trabajador y sobre todo criado con mucho amor. Él juntó sus sueños a los de mi hija y, tomados de la mano, desbordados de amor mutuo, emprendieron el camino de la vida compartida.

Mi hija y su esposo se convirtieron en la nueva y fresca luz de mis ojos, con sus corazones a punto de reventar nos contagiaron de su amor e ilusiones.

Hace poco más de tres años, una mañana cualquiera, después de ducharme, mi esposo me miró fijamente a los ojos y con aplomo me dijo:

—Nuestra niña está embarazada.

Sus ojos reflejaban una tormenta de amor, ternura y alegría, como si por ellos salieran las palabras, y su boca esbozaba una sonrisa de plena seguridad. Yo respondí con un reclamo:

—¿Cómo pudiste guardar semejante noticia?

Y con esos mismos ojos llenos de amor y con un brillo que nunca antes habían tenido, contestó:

—No me dijo ella, es más bien por el mensaje. Ly, estoy seguro, mi hija está embarazada.

Mi hija había enviado un mensaje en el que comentaba que, sin saber por qué, había peleado con su esposo la noche anterior, eso la tenía triste y desconcertada.

Más tarde, cuando yo ya estaba en mi oficina, sonó el teléfono. Era mi hija diciéndome que acababa de hacer una cita con su doctora, quien le había pedido





que se hiciera una prueba de embarazo casera antes de que se vieran. Descubrí entonces que mi corazón albergaba mucho más amor del que había imaginado, y pensé que la vida nos hace tener reservas inesperadas para momentos como éste; nos volvemos fuente inagotable. Sin saber cómo, la respuesta salió del fondo de mi pecho:

—Hija, por favor, espérame a que vaya a tu oficina y juntas haremos la prueba de embarazo.

Sabía que comenzaríamos el camino en el que somos exactamente iguales. La vida nos pone una junto a la otra, mujeres amando intensamente. ¡Y vaya que las Pradel somos especialistas en amar intensamente! Cuando ese momento llega, las madres nos damos cuenta de que, de golpe, nuestras hijas están listas para avanzar solas mientras nosotras permanecemos a su lado, con los brazos siempre dispuestos a darles amor y refugio.

¿Hacerlo juntas? Recuerdo que cuando me dijo que sí, sentí ganas de volar, o mínimo de salir corriendo. Mi oficina de pronto se volvió inmensa, todo lo percibía muy lejano y luminoso. Fue cuando caí en la cuenta de que mi corazón ya estaba con ella, justo a su lado, latiendo junto al suyo una vez más.

Ustedes saben de qué estoy hablando, las mamás tenemos un corazón adivino y sabemos exactamente cuándo el de nuestras hijas está al mismo ritmo.





Nos vimos en el vestíbulo de su oficina. La tarde era hermosa y, para mí, llena de ilusiones. Los ojos de mi hija me decían cuánto me amaba y lo cerca que estábamos de comenzar una gran aventura.

Una farmacia, era lo que teníamos en mente. Sí, una farmacia nos abriría los ojos. No puedo recordar dónde, pero al fin encontramos una:

—Por favor, una prueba de embarazo, la más confiable que tenga.

—Tengo una 99% segura...

¡Qué ganas de abrazar a esa persona que nos ponía en las manos semejante oportunidad!

Corrimos al baño sintiendo que a partir de ese momento seríamos algo más que madre e hija, ambas seríamos *compañeras*. Mi niña entró al sanitario, y yo permanecí en la puerta sin poder contener los latidos de mi loco corazón, una sonrisa infinita cruzaba mis labios de lado a lado y todos mis sentidos me gritaban: “Eres feliz, has alcanzado la cumbre de la vida, eres madre de una madre, no se puede pedir más”.

Y yo leía mi felicidad en todo cuanto me rodeaba. ¡Cómo no ver lo hermoso de esa tarde! El sol brillaba en todo su esplendor, parecía sólo nuestro. El mundo sonreía conmigo, sé que es cierto, porque cuando el divino Creador nos mira felices y agradecidos, en su infinito amor nos comparte esos momentos de comunión con la naturaleza que nos marcan para toda la vida con el fin de hacernos mucho mejores personas.





Los sonidos del mundo se armonizan y los sonidos del corazón dentro del pecho nos emocionan. El canto de las aves anuncia un nuevo amanecer con tanto entusiasmo que al escucharlo se vuelve presagio de un gran día. Las aves nos animan a despertar y tomar la vida a manos llenas. El agua, que siempre e indudablemente lleva vida, trae también buenas noticias; anuncia mejores cosechas, arrulla los oídos con una caricia tan profunda que nos toca el alma. Sentimos que las cosas vienen y van, como el fluir de las aguas, cuya hermosa melodía lleva vida a su paso, un mensaje de fe que nos advierte que todo es un constante movimiento.

Así es el sonido de la voz de una madre cuando canta para arrullar, para amar o para consolar las penas al oído. Ese dulce susurro llega al alma, la limpia de sus heridas y la llena de amor y esperanza. Ésa es ni más ni menos que la voz de Dios. Y del mismo modo, Dios nos habla al oído cuando por fin escuchamos “Mamá, estoy embarazada”, un golpe de sangre va directo al corazón, que de pronto crece sin medida mientras esa caja mágica llamada pecho es apenas un hueco que acaba por quedarle chico.

Sin embargo, los hermosos sonidos de la vida se convierten en sordos y mudos porque la voz del corazón lo silencia todo. Nuestras palpitaciones se vuelven fuertes como una tormenta o un río caudaloso, pero también sublimes como un campo lleno de flores.





Los felices latidos de nuestros corazones hacen dúo con los de nuestras hijas, que a su vez se sincronizan con los de sus retoños en el vientre. Nuestra felicidad es tanta que sobra para compartirla con el mundo, pero sobre todo para comunicarle a Dios —aunque él lo sabe mejor que nadie— que somos felices a su imagen y semejanza y que estamos eternamente agradecidas.

Aún siento los abrazos con mi hija como si acabaran de pasar, mis manos todavía están tibias y conservan su fragancia y dulzor. La felicidad desbordaba nuestros cuerpos y almas, entonces nos pusimos a pensar en cómo transmitir la alegría de la nueva noticia. Tomadas de la mano, corrimos para dar forma a la ocurrencia de mi hija: comprar una caja de regalo y una tarjeta para anunciarla al coautor de ese milagro de amor que se convertiría en padre: Miguel Ángel.

Los tiempos de espera son los tiempos de Dios, y por ello son divinos y debemos respetarlos acompañados de fe y confianza... Hoy puedo decirlo así porque forma parte del pasado, pero en realidad esos momentos fueron de crisis, de nervios día tras día, de estar de rodillas en medio de la ilusión; de contar los minutos, mirando cada vez que se podía, y de reojo, cómo su cuerpo amado anidaba una nueva y pequeña vida que nos pondría de puntas y con los brazos estirados para alcanzar el cielo, y de rodillas ante Dios para agradecer.





Los cuidados





Éste sí que es un tema aparte, que cada quien escribe a partir de sus propias experiencias. Pero hay un punto común: la confusión. Para algunas mujeres lo más importante durante del embarazo es cuidar la alimentación, para otras el descanso, para otras más la actividad física, y así sigue una interminable lista de opciones. Muchas buscamos consuelo a la incertidumbre repitiéndonos que el embarazo es “lo más natural”; quizás el nuestro lo fue, pero cuando se trata de nuestras hijas, quisiéramos meter su embarazo dentro de nuestros corazones para cuidarlo ahí hasta que pasen los siglos de los siglos, por más que la razón nos diga que sólo se trata de un proceso más de la vida. Personalmente, la confusión me invadió a cada momento. Se me ocurría que debía advertir a mi hija de la importancia de cuidarse durante su embarazo: “Procura una alimentación adecuada”, le decía. Pero la noche siguiente despertaba por el sobresalto de otro pensamiento: “No, lo más importante es cuidar el estado de ánimo, éste debe ser óptimo porque los bebés asimilan todo cuanto sienten sus mamás”. Y yo abrumaba a mi hija cada día con cantalelas distintas: “El reposo es muy importante, si guardas reposo el niño estará más tranquilo y nacerá más saludable”. “Olvida lo que te he dicho, tienes que tener actividad física porque mejora el proceso de parto; mantente activa, es lo mejor para ti y el bebé.” Y este cuento de



“lo mejor de lo mejor” se volvió interminable consejo tras consejo. Por suerte, mi hija tenía trazada su propia ruta, y sólo escuchaba mis locuras por pura atención y cariño.

En este proceso de incertidumbre, las oraciones, ni duda cabe, ayudan y mucho. Si no fuera por el amor y la fe infinita que tenemos en nuestro Creador, el embarazo de nuestras hijas duraría novecientos años.

Después de saber la gran noticia, los tres primeros meses de espera para poder gritar al mundo que mi hija sería madre fueron muy intensos, llenos de luz e ilusiones, de noches de sueños maravillosos y de pesadillas, de sueños que sueñan sueños, y de brazos que esperan ansiosos.

Observar la transformación en los cuerpos de las madres es realmente increíble. ¿Cómo en ese pequeño cuerpecito de manos de paloma, pies de manzana y taloncitos rosados puede desarrollarse una vida frente a nuestra mirada atónita? ¿Verdad que parece que las emociones y miedos nos van a trastornar? En sus vientres crece una nueva vida que estira la piel hasta volverla casi transparente a los ojos de nuestro amor, y nos parece que es posible ver a través de ella a nuestros nietos acunados en su hogar, que es el cuerpo de nuestras hijas.

La vida transcurre soñando despiertas, en una emoción interminable. Se acerca el gran día, y las imágenes se agolpan en nuestras mentes.



Por suerte, mi esposo es médico, así que tuvimos acceso ilimitado para ver al retoño las veces que quisimos mediante los ultrasonidos. Todavía resuena en mis oídos el saludo, angelical y divino, de madre a hijo cuando lo vimos por primera vez aferrándose a la vida con todas sus fuerzas: “Hola, mi vida. Ahí estás, amorcito; soy tu mamá”. Y sabemos que en ese momento Dios nos está mirando con infinito amor al permitirnos perpetuarnos a través de nuestro nieto.

Pero también existe la otra cara de la moneda: náuseas, dolor de cabeza y espalda, cansancio, vómitos... Recuerdo mi asombro al ver a mi hija seguir trabajando, continuar con sus actividades pese a todo y con el mismo entusiasmo de siempre; ella me parecía de otro planeta, mientras yo me sentía paralizada sin saber a dónde ni cómo moverme. Sólo el respeto, la confianza y la fe nos permiten estar de pie cuando sentimos esa mezcla de alegría y nostalgia porque nuestras niñas se convierten en madres.

Los días transcurrían y otro ultrasonido nos permitió ver los movimientos de manitas y piecitos del bebé; cómo su pequeño cuerpo iba y venía al mismo ritmo de las lágrimas conmovidas de su madre, lágrimas que corrían por sus hermosas mejillas hasta formar un arroyo amoroso que, al juntarse con el líquido amniótico, cubría y protegía al bebé.

Para mí, los sueños sobre mi hija y mi nieto eran recurrentes pero neblinosos. Hasta que por fin, una



gran y bendecida noche, ese hermoso bebé tomó forma y lo pude ver claramente: sus ojitos negros y vivaces llenos de alegría centellando amor, diciendo a gritos que quiere vivir, que es fuerte y muy valiente. Tengo muy grabada en mi memoria su imagen. Y sólo él y yo sabemos de ese encuentro entre sueños, cada uno en su respectivo lecho: yo en la cama junto al padre de nuestra hija, y él reposando feliz en el útero de su mamá, creciendo y haciendo crecer el indestructible vínculo que tendrá por siempre con nosotros. Ahí estábamos los cuatro: abuelo, abuela, madre y el adorado nieto.

A la mañana siguiente, dibujé y dibujé sin éxito, una y otra vez. Su carita y su cuerpecito. Por alguna extraña razón sólo podía describirlo pero no dibujarlo, mi trazo no daba para plasmar la esencia de un ser tan perfecto y maravilloso. Creo que mi alma veía la suya y eso no se puede dibujar. Pasaron muchos días de intentos fallidos, hasta que por fin una luz iluminó mi camino: Ivanevsky El Grande, él sí sabría cómo interpretar el relato de mi sueño. Y escribí:

Angelito adorado, amado y esperado con tantas ilusiones y agradecimiento infinito a nuestro Creador por su bendición con tu llegada, así es como te sueño:



“Así te soñé Iñaki Alonso”

*Pelito negro y rebelde, de causas benéficas y prosperidad.

*Frente amplia, donde quepa dignidad y criterio.

*Orejitas grandes y atentas, dispuestas a escuchar.

*Ojitos negros, vivaces y brillantes, siempre observando.

*Naricita pequeña y de gran olfato.

*Boquita, dulce manantial de bellas palabras.

*Todo en una sabia e inteligente cabecita, donde cabrán ideas buenas y saldrán pensamientos y palabras magistrales, llenas de gran amor a la humanidad, a la tierra y a todo lo que habita en ella.

*Pecho grande donde quepa sólo amor.

*Brazos largos y amorosos para abrazar el mundo.

*Piernas fuertes para sostener firmemente al gran hombre en el que te convertirás.

*Y pies firmes para avanzar con seguridad.

Abulina

Mayo de 2016





El bebé de agua







Poco antes de la llegada del bebé, comenzó la fiesta de bienvenida y alegrías compartidas entre ambas familias. El amor se desbordaba formando un hermoso arroyo de felicidad.

Mi admiración y reconocimiento por mi hija crecían sin medida, porque además de dejar en mi corazón una gran huella, me transmitió una gran enseñanza. Ella deseaba un parto normal y en agua, de nuevo el agua en su ir y venir sin límites, sin tiempo ni prisa, sólo con la certeza de que es vida.

En mi casa, preparamos para el bebé una habitación de visita y un hogar definitivo en mi corazón. Un espacio adornado de tejer, cocer, bordar, recortar, pegar, pintar y un sinfín de actividades de tiempo compartido por todos los que formamos esta amada familia, en esa comunión buscábamos acumular toda nuestra energía positiva. Bordé sin parar, porque sentía que, puntada tras puntada, el camino bordado era el camino del amor. Cada día de labor era un feliz homenaje para nuestro nieto y para la madre, a quien debíamos agradecer por brindarnos la posibilidad de conocer la felicidad total. Las ganas de vivir bien, y por muchos años, regresaron a mi vida con más fuerza que nunca.

Como todas las familias que esperan la llegada de un nuevo integrante, atravesamos por el invaluable momento de conocer el sexo del bebé. ¿Será niño o





niña? Sorpresa: es un varón que trae luz, esperanza, amor y un mundo propio de felicidad. Para nosotros, ese día fue especialmente lindo e inolvidable por las caras que dibujó la felicidad en nuestros rostros. Mi hija parecía haber subido a lo más alto de una montaña y contemplar desde ahí el mundo, llena de satisfacción. Su esposo mostraba una alegría que parecía tatuada en la mirada; es difícil saber si sonreía con la boca o con los ojos. La cara del abuelo cuando dijo “es un varón” dibujaba un indescriptible amor por su hija y su retoño, transmitiendo fortaleza infinita y una seguridad a prueba de todo. La mía no podría describirla, sólo sé que me inundó un profundo sentimiento de gratitud, primero a Dios, a la vida, a mis hijos, los padres de este nuevo bebé, y al universo por juntarse para cobijar mi alegría.

Nuestras almas gritaban: “Te estamos esperando, tesoro adorado. Nuestros brazos están —y permanecerán por todo lo que nos quede de vida— abiertos para abrazarte siempre. Nuestras bocas te esperan llenas de amorosas palabras para cantarte y contarte hermosos cuentos y canciones. Y nuestros corazones están anclados junto al tuyo, desbocados de amor por tu llegada”.





Hijita-mamá





Conforme avanza el embarazo, comienzan la profilaxis, la preparación, las pláticas y las consultas. Por las noches, nos sobresaltan los temores, pero gracias a la misericordia divina se diluyen en nuestras confianzas con Dios, él transforma nuestros temores en auténticos actos de fe.

Las niñas amadas ya no están en casa. Entonces, los recuerdos de nuestra maternidad afloran y la nostalgia salta en nuestro pecho; caemos en la cuenta de lo poco que duraron los hijos con nosotras, y duele el recuerdo. Ellas ahora están donde corresponde, en sus propias casas, a lado de sus esposos, viviendo juntos la dulce espera.

En mi caso, veía con infinito amor cómo el cuerpo de mi hija seguía transformándose, sus ojos y su mirada ya no reflejaban ansia, en ellos sólo había amor, un amor que me permitía reconocer que ella sería la mejor de las madres.

Su valentía no tenía límites, siguió trabajando y con todas sus fuerzas; quiso guardar los días de descanso para cuando tuviera en sus brazos a su hijo y permanecer con él el mayor tiempo posible. No cabe duda de que el trabajo enaltece y enriquece el alma, yo la miraba más bondadosa y entregada a su profesión.

La llegada al hospital comenzó con una llamada telefónica de mi hija diciéndome que su doctor le pidió que fuera al hospital para monitorear al bebé porque



probablemente ya estaba en trabajo de parto. Me preguntó si podría llevarla, le respondí que sí, como cualquier madre lo hubiera hecho, pero por dentro me moría de miedo al tener tan grande responsabilidad. Tomé mi camioneta y, rezando a todos los santos, llegué a la casa de mi hija. Con amor y precaución subimos al carro. Para aliviar el dolor, ella se colocó a gatas en el asiento trasero e inició las respiraciones que le enseñaron en el curso psicoprofiláctico. Sólo escuchaba su voz quejándose y animándose mientras yo rogaba con toda el alma que no dejara de darme las señales para llegar al hospital. No sé decir si el camino fue corto o largo para mí, únicamente prevalecía el amor y la complicidad de mujeres imaginando el momento del nacimiento.

Entramos al hospital y, luego de un monitoreo al bebé, hicieron la valoración física de mi hija y resolvieron que debía ingresarse ya para el trabajo de parto. Cada una llamó a su respectivo esposo con el fin de que no tardaran en llegar y juntos compartiéramos esa emoción que comenzaba a desbordarnos.

De pronto, mi hija ya no estaba a mi alcance, la habían pasado a la sala de parto y como éste sería natural, y en agua, me era completamente desconocido. A lo lejos escuché su voz pidiendo ayuda porque ya no aguantaba el dolor.

Todas las madres sabemos que nada es más desgarrador que escuchar a nuestros hijos sufrir. Y en



ese caso lamenté mucho no poder ni siquiera sostener su mano para apoyarla y consolarla. Tuve que silenciar con oraciones la impotencia, la distancia y la angustia. Como por instinto, busqué un rincón de paz donde descargar mis emociones cruzadas y confundidas. Así, llegué a la capilla y me hincé de rodillas ante Dios y la virgen suplicando que todo saliera bien; me tapaba las orejas para no escuchar los gritos de mi hija pidiendo que por favor hicieran algo, lo más normal en cualquier parto, pero en éste especialmente ya que ella había rechazado todo apoyo de medicamentos.

Las horas con Dios siempre nos ayudan, sentimos y compartimos el dolor de la virgen ante el sufrimiento de su hijo. Nunca antes había experimentado un sentimiento de tal incertidumbre; temía por partida doble: mi hija y mi nieto. Pronto se me agotó el vocabulario para organizar una conversación con Dios, las palabras se agolpaban y sobrepasaban mi capacidad de rezar en voz alta para evitar escuchar los lamentos de mi hija. Para mí, el reloj se detuvo, el tiempo dejó de pasar, la tarde tomó el color del sol mientras mi valiente hija tuvo su bebé de la mano amorosa de su esposo. ¡Qué emoción más grande habrá sentido mi nieto al saber que ahí estaban sus papás, compartiendo un mismo latido con él! Siempre fue y será afortunado.



Una vez más, reconociendo al Creador por su infinita bondad, subí corriendo a abrazar a mi esposo, agradeciéndole que a través de la hija que me dio, pudiera yo experimentar ese sentimiento que revolucionó mi vida por completo. Después abracé a todos los otros artífices de esa felicidad: los papás y hermanos del esposo, gente bondadosa, amorosa y entregada también a nuestro tesoro.

Digo que nunca volveré a ser la misma persona porque, desde ese día, mi corazón ante el altar del Creador se desprendió de todos los sentimientos que encadenan y condenan nuestras vidas a la destrucción, para convertirlos en amor, fe y confianza.

Ver la cara radiante del papá de mi nieto, fue como ver la cara del triunfo perfecto, con una sonrisa llena de orgullo y de fortaleza por haber compartido plenamente la llegada de su hijo, por haber sido él y ella los primeros en tocar su pequeño cuerpo y en decirle cuánto lo aman y lo agradecidos que están con el Creador. Debió ser una experiencia de valor incalculable a juzgar por la transformación impetuosa de su rostro. Era evidente que así lo sintió, porque su alegría, el brillo en sus ojos y su sonrisa eran por demás elocuentes.

Mi vida se iluminó cuando vi salir a mi hija con su bebé en brazos, sus ojos gritaban el amor que acababa de alojarse en su corazón, su sonrisa ya nunca se borraría de su rostro; ahí estaba para siempre el sello



de una madre feliz, sus brazos parecían fortalezas de hierro que cubrían de amor y protección a su retoño. A partir de ese mágico momento, nuestro destino es vivir con intensidad y mucha responsabilidad el maravilloso tiempo del amor.

Cuando dejamos a la nueva familia en la puerta de su casa, dejamos también el corazón suspendido en el infinito, dudando si será posible que esa joven pareja pueda atender a un pequeño tan frágil. Dar la vuelta y seguir el camino es el mejor consejo que tengo para todas las abuelas. Ésa es su vida y deben recorrerla sólo con la ayuda de Dios y la inteligencia natural que nos da la paternidad.

A pesar de todo, la vida cambia totalmente, los relojes marcan horas eternas, el pensamiento se consume en la nueva familia, todos estamos al pendiente de los principiantes... suena el teléfono y nos produce un brinco del corazón.





Mi nieto, un legado de amor











Cuando aflora lo mejor del ser humano y fluye con la necesidad de compartir, es justo responder a ese llamado. Escribo estas reflexiones porque creo que a partir de mi experiencia, como madre y como abuela, algunas de ustedes encontrarán eco en mi voz. Comparto mi vida con todas esas madres que se forjan en amor y responsabilidad durante los años de esta maravillosa práctica, porque tenemos a flor de piel el deseo de querer ser siempre mejores y de hacer todo a la vez y bien. Con el corazón en la mano y con una eterna sonrisa en la cara, parecemos seres hechos de fierro duro, pero felizmente llevamos una hermosa capa suave y tersa que nos hace ver en todo momento dispuestas a recibir con amor a nuestros hijos, a ofrecerles nuestras caricias cálidas para curar sus heridas y a beber sus lágrimas con tal de que sufran lo menos posible.

A pesar de que expertos, científicos, comadres, amigas, enemigas, colegas y todas las personas que nos rodean nos digan cada día que nuestros hijos deben tener sus propias experiencias de vida, cuando una madre ve la más mínima señal de dolor en sus hijos se desborda el amor y manda al diablo todas las recomendaciones y consejos. En esos momentos, sólo piensa en qué hacer para que no les duela tanto o cuando menos ser solidarias y compartir el sufrimiento.

No hay escuela posible para padres, porque no hay un solo hijo parecido a otro, aunque los hermanos





hayan nacido de los mismos progenitores. Cada individuo tiene un lugar especial en la mente y el corazón de su madre. Ellos son nuestra conexión con el recuerdo y nuestra extensión con la vida, nos desplazamos entre esos dos polos como una liga interminable. Dios no se equivoca cuando nos da la fortuna de tener hijos, justo para amarlos como amamos a Dios, con tanto agradecimiento.

El tiempo pasa, y ahora comienzo a ser consciente de que cada día transcurrido es uno menos de vida. De pronto me doy cuenta de que necesito vivir, estar sana y con muchas fuerzas, porque tengo la más grande dicha de ser abuela, y es mi deber y deseo hacer que los que me sobrevivan tengan lo mejor de mí, y yo, por mi parte, haga de su compañía el mejor remanso de mis vivencias.

Mi hija y mi nieto son una proyección que va más allá de lo que puedo imaginar. Sostener ese bebé en mis brazos y mirarlo a los ojos, descubre una multiplicación sin fin de la mirada que recibí por primera vez de mi hija. Es como un túnel multicolor interminable, que colma los sentidos mientras la mente se llena de un solo pensamiento: ese pequeño ser es la proyección de mi hija.

Un torbellino de experiencias colma el alma rozando la locura. Oír su dulce vocecita pronunciando sus primeras sílabas: “ma”, “pa”, que después se vuelven música angelical: “mamá”, “papá”, “ahí está”,





“mano”, “bajo”, “frío”, “quemado”, “coche”, “tomate”, “leche”. Y luego... la culminación de mis sueños, lo que la vida nunca me anunció, un torrente de emociones expandiendo los límites de mi pecho, desbordando la capacidad de mis oídos, que no se prepararon jamás para recibir un tesoro que sólo el alma de una abuela puede escuchar en su justa medida: “Abu”. Me pregunté si habría un sonido más hermoso en el universo que la voz de mi nieto diciéndome “Abu”. Mi corazón, acostumbrado a la valentía, se derritió por completo mientras el sonido de su angelical voz se grabó para siempre en mi memoria.

Y lo mismo con cada uno de sus progresos. Los primeros pasitos que, aunque no tuve la fortuna de presenciar, contemplé a través de los ojos de mi hija y de la elocuencia de sus palabras. Este caudal de emociones nutre y agranda el corazón, que se abre y permanece a la expectativa de todo lo bueno que seguirá llegando.

Probablemente, muchas madres compartirán conmigo el sentimiento contradictorio, entre admiración y tristeza, que padecemos cuando nuestras hijas nos dicen “el bebé se va a la escuela a la etapa maternal”. Por Dios santo que el corazón se sale por la boca, deambula por la atmósfera buscando respuestas y caricias de tranquilidad, pero de pronto regresa al pecho que quedó abierto y se aloja en su justo lugar





cuando las hijas —con todo su amor— nos explican las razones: “tiene que socializar”, “es bueno para él estar con niños de su misma edad”, entre otras miles de razones, de las cuales sólo una nos reconforta y enjuga las lágrimas: es la madre amorosa quien toma la mejor decisión para el bienestar de su niño; su olfato materno y su amor infinito, nunca fallará. No falló el mío.

Imagino la angustia que mi hija sintió al saber que por primera vez esa pequeña criatura estaría por unas horas lejos de ella. Y puedo imaginarlo porque así me sentí yo al separarme de mis propios hijos, así nos sentimos las madres cuando llega el momento: Las puertas de la escuela nos parecen murallas interminables, donde la mirada no alcanza a distinguir sus límites; las ventanas se nos figuran fortalezas, que un músculo tan amoroso como el corazón o el entendimiento no podrían abrir; los minutos pasan haciendo sonar su tictac en nuestros cerebros, y así todo parecía ser más grande, fuerte y distante, mientras esperamos la salida de los ángeles de nuestra vida.

Puedo ver con el alma ese momento, él estaba ahí, con su carita de alivio al ver a su mamá y sentir su abrazo protector, un abrazo que promete compañía eterna, porque la vida los puso juntos y así permanecerá fundidos en un abrazo perpetuo, latiendo al mismo tiempo y sin espacio alguno que los separe. Y yo, con



el aliento contenido, con todo el amor que soy capaz de sentir, meditaba cómo se reproduce el amor por mis hijos, y ellos, a su vez, por sus propios hijos.

De regreso a casa, al mirar a mi nieto en brazos de mi hija, contemplaba cómo comenzaban ese camino de separación física, un proceso de individualidad tan necesario para la formación humana, pero tan difícil de entender. En situaciones como éstas, nunca podremos empatar la razón y el corazón, aunque sean complementos de una misma persona y estén tan cercanos como el pecho y la cabeza. Nuestra necesidad de permanecer junto a los hijos no entenderá razones mientras el corazón tenga la más mínima señal de vida. Sólo Dios puede obsequiarnos un rayito diminuto de luz que nos permite ver que cada quien tiene caminos distintos que recorrer, y que, aunque cada uno transite por senderos diferentes, todos vamos hacia el mismo final: la entrega, la felicidad, la complicidad y sobre todo el apoyo solidario y amoroso que nos da la familia.

Estoy convencida de que todas las mujeres que son abuelas entienden perfectamente de qué hablo. Y deseo de todo corazón que a las que aún no han vivido la dicha de tener nietos, Dios les conceda la bendición de experimentar el más grande amor que jamás imaginaríamos haber sentido. Ésta es mi propia historia y la comparto para servicio y entretenimiento de todas ustedes, colegas de amor.



ARRULLOS

Arrullando muñecas
la vida comenzó.
Saltaban en mi mente
suaves cantos maternos,
inesperados augurios de futuro.

Mis arrullos
en canción de amor
se han transformado.

La primavera arribó de golpe
y colgó sus frutos en mi árbol:
amor, flores y canto.
Brisas cálidas cubrieron mi piel.
La dicha dos veces colmó mis brazos.

Mis arrullos
en canción de amor
se han transformado.

Aquella calidez de primavera
ahora es dócil viento serenado.
Mi cabello despliega
su gris manto sobre mis hombros.
Todo está en feliz reposo.

Mis arrullos
en canción de amor
se han transformado.



Un legado de amor _____

Quedaron mis brazos abiertos
y aún siento el lejano arrullo
cuando fundidos en un solo cuerpo
acunaba a mis hijos
en dulce movimiento.

Mis arrullos
en canción de amor
se han transformado.

Hoy el arrullo continúa
desbordado...
amor, flores y canto.
En el sosiego de mi otoño
Dios me bendijo con un nieto.

Abulina







Este libro se terminó de imprimir en
julio de 2019, en los talleres de Fuetes
Impresores.

